



ILMO. SR. OBISPO SOLLANO.



EL ILMO. SR. SOLLANO,
PRIMER OBISPO DE LEON.

I.

EA vida edificante que voy á bosquejar en el presente artículo, reclamaba en verdad una pluma más diestra que la mía; una pluma que supiera ensalzar debidamente las virtudes y los merecimientos del primer Obispo de Leon, pues raras veces se habrá ofrecido á un biógrafo un tan rico y escogido caudal de acciones loables que describir para admiracion de los contemporáneos y de la posteridad. La laboriosidad del Ilmo. Sr. Sollano; su inextinguible y ardoroso celo; la copiosa ciencia con que enriqueció su talento natural, hasta distinguirse como uno de los primeros teólogos del mundo; y finalmente, sus asombrosos trabajos como Obispo, su humildad, su caridad, no menos que la abnegada dedicacion con que atendió siempre al bien espi-

ritual de sus ovejas, y el crecido número de sus fundaciones, buenas obras, etc., forman un conjunto tal de hechos memorables, que no dudo hagan vacilar á cualquier escritor que de ellos desee ocuparse. Aumentase con esta consideracion mi atrevimiento al emprender una tarea superior á mis fuerzas; pero discúlpeme el vivo afán que me impulsa, el cual no es otro que dar á conocer en este humilde trabajo á una de las glorias más puras y brillantes del Episcopado Mexicano.

II

Nació el Ilmo. Sr. Sollano en San Miguel de Allende, poblacion del Estado de Guanajuato, el 25 de Noviembre de 1820, y fueron sus padres el caballero Maestrante de Ronda, D. José María Diez de Sollano, y la Sra. D^a Josefa Dávalos. El bachiller D. Francisco Jara lo bautizó en la parroquia de la misma ciudad, poniéndole por nombre, José María, Miguel, Ignacio, Simon, Catarino del Corazon de Jesus. Su hermano D. Vicente era el mayorazgo de la casa de Soxa

Comenzó su carrera literaria á los doce años, ingresando á las aulas del colegio Salesiano de la propia ciudad el 18 de Octubre de 1832. Refiere alguno de sus biógrafos, que desde luego dió señaladas muestras de un talento claro y precoz, de un amor decidido al estudio, y de un acierto no comun para comprender y resolver

las diversas cuestiones que se presentaban en cátedra. Eran también dignas de admirar en sus cortos años la suavidad y mansedumbre de su carácter bondadoso, y la inclinacion que tenía á la vida pacífica y silenciosa. De su aplicacion y aprovechamiento son prueba evidente las ventajosas calificaciones que siempre obtuvo en sus exámenes, y el hecho notable de haber recibido las órdenes menores cuando apenas habían transcurrido dos años desde su ingreso al Establecimiento. El Ilmo. Sr. D. Angel M. Morales, Obispo de Sonora, profesaba al jóven Sollano cariñosa estimacion, y debido á esto, y á sus méritos, le recibió como su familiar al tiempo de conferirle las repetidas órdenes menores. En esa calidad permaneció á su lado hasta que aquel prelado se ausentó de San Miguel.

En 1834 marchó á Morelia para continuar su carrera en aquel afamado Seminario, de donde habían salido y continuaban saliendo insignes sacerdotes y hábiles jurisconsultos, más tarde honra y prez de la Iglesia y del foro mexicanos. Allí estudió, además de las materias que correspondían á su asignatura, los ramos secundarios de francés y griego, habiendo tenido de compañero de cuarto al Ilmo. Sr. Labastida, que más tarde fué Arzobispo de México. Sin duda habría continuado en aquel establecimiento, si diversas circunstancias de familia no le hubieran obligado el año siguiente de 1835 á trasladarse á esta capital, en cuyo Seminario se inscribió inmediatamente como alumno interno. Comenzó á cursar filosofía;

pero no contento con las obras de texto, pues éstas le presentaban un campo sobrado estrecho para su afán de saber, procuró ponerse en relacion con los RR. PP. Dominicos de Porta-Coeli, quienes con sus conversaciones ampliaban los conocimientos del joven seminarista, ó para hablar con propiedad, lo hacían seguir otro curso de filosofía. El Sr. Sollano, desde entónces, declaróse ardiente y decidido partidario de la doctrina Tomística; y con este motivo, se entregó á serios y profundos estudios teológicos, materia en la cual tanto se había de distinguir más tarde. Con la adopcion de aquella firme base filosófica, no es de extrañar que el Sr. Sollano hubiese sobresalido de un modo notable entre sus condiscípulos, los cuales se habían limitado á estudiar la obra de Jacquier.

Graduóse de bachiller en el repetido Establecimiento (1838), y allí mismo se le encomendaron las cátedras de francés y de prosodia latina, cuyas tareas alternaba con el estudio de los Cánones, bajo la acertada direccion de su maestro el Sr. Dr. D. Juan B. Ormaechea, Obispo que fué despues de Tulancingo. Pasó luego á la Universidad de esta capital, con objeto de perfeccionar sus estudios de Teología, y cursó además Sagrada Escritura é Historia Eclesiástica.

La variedad y soñtez de los conocimientos que con sus constantes desvelos había adquirido hasta entónces el Sr. Sollano, le permitieron presentarse en 1842 como candidato á la cátedra de Artes en el Seminario Conciliar, y tuvo la satisfaccion de obtenerla con la unánime

aprobacion de sus jueces. Ya con su nueva investidura, pudo el infatigable jóven dedicar todos sus afanes á la realizacion de una generosa empresa, que desde hacia algun tiempo era objeto de sus constantes meditaciones: la restauracion en México de las doctrinas del gran filósofo de Aquino, á las cuales, segun ya he dicho, profesaba viva y entusiasta adhesion. Para él, únicamente en la alta enseñanza de Santo Tomás podían encontrar salvacion las sociedades modernas; solo por medio de ella podría librarse la juventud de las disolventes y perniciosas teorías que en los actuales tiempos propaga la revolucion por todas partes; y solo de ese modo, en fin, las creencias católicas en México podrian mantenerse incólumnas en la conciencia del pueblo.

Un maestro que con ardor y fé comunica sólida ciencia á sus discípulos, no imparte á éstos únicamente el bien que de aquella resulta, sino que lo extiende tambien á las futuras generaciones, á la generacion que más tarde solicitará las mismas luces de los que dejaron de ser estudiantes para convertirse en catedráticos. Bien penetrado estaba de esto el Sr. Sollano, cuando con el celo de un verdadero apóstol emprendió y llevó á término feliz la propagacion de la filosofía aquiniana; no siendo de extrañar, por lo mismo, que hubiese recogido abundantes y preciosos frutos. Si en la actualidad hay en México eruditos y profundos conocedores de los libros de Santo Tomás, y partidarios adictos de sus salvadoras doctrinas, débese en gran parte al Ilmo. Sr. Sollano, que supo despertar en sus

discípulos el amor y el entusiasmo por aquellos estudios.

Continuando mi narracion, debo decir que el 17 de Diciembre de 1842 ordenó de subdiácono el Ilmo. Sr. Posada al jóven Sollano, y que el inmediato día 25 del mismo mes recibió éste la orden del diaconado. Quiso el Ilmo. Sr. Portugal llevárselo para Morelia, ofreciéndole una prebenda en el coro de aquella catedral; pero fuese por humildad, fuese porque deseaba profundizar más y más los estudios que seguía en esta capital, se negó á aceptar tan lisonjera y honrosa distincion. Prosiguió, en efecto, sus tareas literarias en la Universidad, y habiéndose opuesto á la Beca de honor, la obtuvo fácilmente, mediante un lucidísimo acto que presenciaron personas ilustradas y distinguidas de nuestra sociedad. Alternaba sus estudios teológicos con otros de mero lujo y pasatiempo para él, como la física, la química, etc. El insigne historiador D. Lucas Alaman le encomendó por este tiempo la direccion y educacion de sus hijos, dándole así una prueba del aventajado concepto en que lo tenía.

Llegó, por fin, la fecha de su ordenacion de presbítero; y ésta se verificó con gran solemnidad el 1º de Junio de 1844. Al día siguiente cantó su primera misa, con la asistencia del Ilmo. Sr. Madrid, que predicó el sermón. (1)

III.

Desde esta época, la vida del Sr. Sollano fué

(1) La casulla con que en aquel solemne día se revistió el Sr. Sollano, estaba valuada en 20,000 pesos.

más laboriosa y activa de lo que había sido hasta entónces: asombraba el conjunto de sus múltiples ocupaciones á los mismos que estaban acostumbrados á presenciar de cerca sus trabajos. Crecieron, si más era posible, su ardor y sus afanes por el bien y el adelantamiento de la juventud. Se dedicó al estudio de la astronomía, estableció un gabinete de física, gastando en aparatos una suma considerable; y cuando en 1846 se creó en el Seminario la cátedra de griego, él fué á desempeñarla, sin que sea necesario agregar que en todo procedía con el acierto y la eficacia que le eran habituales. Fué después rector del colegio de San Gregorio, más tarde del Seminario, que tanto había ilustrado con su nombre, y también de la Universidad, institucion que él veía con cariño y con entusiasmo.

Por este tiempo, la cristiandad toda se agita de júbilo con la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion de María. El gran Pontífice Pio IX, inspirado del cielo, y queriendo satisfacer un deseo de los católicos del mundo, acababa de anunciar al orbe aquella "buena nueva", que no obstante estar anticipadamente en la conciencia de todos fué recibida con dulcísimo alborozo. Las corporaciones, el clero de todos los países, las sociedades, etc., hicieron oír su voz en aquella fiesta que conmovió al mundo; y no fué ciertamente la Universidad de México la que dejó de estar bien representada en Roma. Su hijo más distinguido y predilecto, el Sr. Sollano, escribió á nombre de ella una admirable *Disertacion* sobre el

dogma de la Concepcion Inmaculada de María; disertacion que fué calurosamente encomiada en Europa, (donde se reimprimió) y que valió á su autor la mitra que ciñó pocos años despues.

Un escritor mexicano refiere que cuando el Ilmo. Sr. Munguia propuso al Pontífice Pio IX para primer Obispo de Leon al respetable Sr. Dr. D. José Guadalupe Romero, el Santísimo Padre tomó un librito que tenía cerca, y respondió:

—No, esa sede la tengo reservada para el sabio autor de esta "Disertacion."

En algún otro autor he leído tambien que la obra del Sr. Sollano alcanzó el segundo lugar entre todas las que sobre el mismo asunto se remitieron á Roma.

El Sr. Sollano fué tambien cura del Sagrario Metropolitano de esta ciudad; y, propuesto por el Illmo. Sr. Arzobispo Garza, se le preconizó obispo "in partibus infidelium" de Troade, auxiliar de la Arquidiócesis de México. Al poco tiempo, en 19 de Marzo de 1863 fué preconizado por Su Santidad Pio IX primer obispo de Leon, habiéndole consagrado el Ilmo. Sr. Ramírez, en el citado templo del Sagrario, el 12 de Julio de aquel mismo año; pero á causa de las circunstancias políticas de la época, no pudo tomar posesion de su diócesis, sino hasta el 22 de Febrero de 1864.

IV.

Grave y delicada era en extremo la situacion de la República en los momentos en que el Sr.

Sollano se hizo cargo del gobierno espiritual de las ovejas confiadas á su celo por el Sumo Pontífice. No habían desaparecido aún los conflictos provocados contra la Iglesia por los revolucionarios de México; se escuchaban todavia los rumores de las guerras civiles provocadas por la Reforma; el país estaba cubierto de ruinas, y por todas partes espantosas profanaciones se habían verificado, con gran escándalo de la sociedad piadosa y fiel. Las pingües propiedades, en un tiempo tan benéficas para la agricultura y el impulso de empresas industriales, habían pasado de manos del clero á las de famélicos aventureros, cegados por la fiebre de riquezas; y por último, el pueblo mismo, fatigado de tantas luchas estériles, desengañado tristemente, y presa de mortal abatimiento, se sentía huérfano y sin amparo, acaso sin fé, al verse privado de sus libertades por aquellos que más pregonaban ser sus salvadores. No bastó, para reanimar sus agotadas fuerzas é infundirle nuevas esperanzas, que se le presentaran ejemplos de grandey verdadera abnegacion, que recibiera los consuelos de la caridad y que presenciara nobles y generosas luchas entre la autoridad eclesiástica desvalida y el audaz poder de la revolucion, henchido de saña y de odio para todo lo que significara coticismo en México. Solo de este modo podia hacerse comprender á las masas populares que sobre los intereses políticos y privados, objeto á la sazón de inacabables querellas, se elevaban el interes religioso y la integridad de las doctrinas católicas.

Nadie tan á propósito para afrontar con brío y enérgica constancia las dificultades de la situación, precursora quizá de una catástrofe, como el Ilmo. Sr. Sollano, polemista infatigable, celoso y ardiente apóstol, corazón noble y magnánimo, y en quien resplandecía algo como una luz celeste, distintivo propio de los valerosos soldados de Cristo, que están siempre dispuestos á perecer mansamente si se les lleva al martirio. En efecto, la vida del ilustre Obispo de Leon fué una batalla incesante contra los enemigos de la fé católica, contra los que querían impedir las francas manifestaciones piadosas, contra los que deseaban arrebatár al pueblo sus salvadoras creencias, y contra todos aquellos, en suma, que impulsados por su fanática impiedad, hostilizaban de diversos modos á la Iglesia y á sus hijos.

Era el Sr. Sollano de convicciones firmes y de ánimo inquebrantable, pero dócil á la razón y al convencimiento. En su faz serena é inteligente, en su palabra resuelta, en la mirada viva y penetrante de sus ojos, revelábase una alma vigorosa y enérgica, nutrida de las sábias enseñanzas de la verdad: conocíase que sus resoluciones eran siempre irrevocables, y que jamás hacia la menor concesión á sus adversarios. Merced á esto, le veían con veneración y respeto los numerosos hijos que formaban su grey, y tributábanle el homenaje de su respeto los que alguna vez le combatían. Persecuciones y hostilidades enfadosas le rodearon sin cesar durante su vida episcopal, llegando aquellas al sensible extremo de poner en grave peli-

gro su existencia, como sucedió en cierta ocasión en que el arma homicida destinada al pecho del prelado, fué desviada prontamente por el brazo vigoroso de uno de sus familiares. Pero él no cedió ni se intimidó jamás, ántes parecía que los riesgos y las amenazas redoblaban su brío y su ardimiento, y comunicaban mayores fuerzas á su espíritu. "Su política—ha dicho un escritor—no se avenía con ningún género de conciliaciones ni de medias tintas. No pudo entenderse con ningún gobierno liberal, y no cesó de reclamar primeramente la libertad de la Iglesia. Luchó con Maximiliano, luchó con Juárez, luchó con Lerdo, y más inmediatamente con los jefes políticos de las ciudades y pueblos de la diócesis. A uno de ellos, el más terrible, dirigió estas palabras de la Sagrada Escritura: "*Ni vivo, ni muerto, escaparás de la mano de Dios.*"

El Sr. Sollano, durante el ejercicio de su sagrado ministerio, á todo atendía, en todas partes estaba presente, y la obra más insignificante recibía con toda oportunidad el vigoroso impulso de su fecunda iniciativa y de su apoyo material y moral. Visitas generales á todo el Obispado, cátedras en el Seminario, predicaciones, construcción de iglesias y de capillas en diversos pueblos, tandas de ejercicios que dirigía por sí mismo, estudio constante de las obras más modernas para imponerse del movimiento intelectual contemporáneo; y por último, el despacho de su gobierno, una activa y numerosa correspondencia, decisiones, confirmaciones, etc., hé aquí las labores que dividían

los días del primer prelado de Leon, sin que jamás la variedad de ellas hubiese alterado la admirable igualdad de su carácter, el cual era amable y sencillo, bondadoso, y de una ingenuidad y franqueza encantadoras. Nada más dulce y simpático que su trato; ninguna conversacion más agradable, más sembrada de oportunas y hermosas ideas que la suya. Enseñaba sin pretenderlo, y de sus labios se recogían siempre útiles y acertadas advertencias.

Desconocía la ociosidad y las vanas pompas con que suelen adornarse los palacios del mundo, pues su humildad pareció crecer de un modo extraordinario desde que lo ungieron Obispo. En sus habitaciones no había alfombra ninguna, y refiérese que cuando un rico propietario de Leon mandó ponerlas, aprovechando una ausencia del señor obispo, éste, á su regreso, las regaló á las iglesias más pobres del Obispado.

Inocentes y pacíficas eran sus costumbres, frugal y modestísima su mesa; cortas las horas que dedicaba al descanso; y en todo procedía siempre con una discrecion y delicadeza sin igual. A la juventud, como porcion más numerosa y escogida de su grey, miraba y trataba con una especial predileccion. Celoso de su instruccion, amante de ver á los jóvenes en una carrera feliz, y seguro de lo importante que era difundir entre ellos los preceptos de una sólida ciencia, los guiaba, los atendía, satisfacía sus necesidades, y les prodigaba con la más tierna solicitud los tesoros de un cariño verda-

deramente paternal. El Seminario de su Obispado era, sin duda, uno de los mejor atendidos de la República, pues la incansante vigilancia que sobre él ejercía el Sr. Sollano, era prenda segura del buen servicio de las cátedras y del crecido aprovechamiento de los alumnos.

La caridad era otro de los rasgos prominentes del señor Obispo. No contento con prodigar á su pueblo á toda hora y en todo tiempo los beneficios espirituales, se complacía en socorrer liberalmente á los pobres, quienes hallaban siempre abiertas las puertas de su corazon benévolo, y las de su casa. Dos veces al año, el 19 de Marzo y el Jueves Santo, hacia servir en su propia casa una espléndida y abundante comida á los huérfanos, á los necesitados y á los mendigos de la ciudad. En secreto, distribuía crecidas limosnas, y tenia destinadas, además, cantidades fijas para el sostenimiento de familias pobres y para el fomento de algunas instituciones piadosas. Uno de sus biógrafos ha dicho, con acierto, que "si la vida del Sr. Sollano era sóbria y sus costumbres sencillas, *era para tener más que dar.*"

V.

Quédame aún por decir algo acerca de los varios escritos dados á luz por el Ilmo. Sr. Obispo de Leon, y mencionar, siquiera sea ligeramente, las buenas obras hechas por él en su diócesis; las cuales fueron tantas y tan útiles que su relato parecería fabuloso en estos tiem-